

En la orilla

TODA opinión política, tanto teórica como práctica, se apoya en una de estas dos tesis: una,—los bienes de este mundo no alcanzan para toda la humanidad, y lo único que hacer con ellos es entregarlos en privilegio a los escogidos; otra,—los bienes de este mundo *deben* alcanzar para todos los hombres.

Existen, para la imaginación del artista, tres clases de mundos: el exterior, material y formal, donde sólo se quedan los espíritus tardos, incapaces de correr tras nuevos arquetipos o de descubrirlos bajo la apariencia; dos mundos interiores: uno de formas y otro de ideas: con cualquiera de ellos se supera al exterior, así sea la obra las *Mil y una noches* o el *Paradiso*.

Una de las modas literarias de los últimos cincuenta años, una de las más curiosas, es la *moda cristiana*. En los países románticos, de tradición católica, el escritor aspira a cristiano fuera de la ortodoxia; pero como nunca ha tenido paciencia para leer íntegros los Evangelios—en eso es inferior a cualquier protestante,—su *retorno al cristianismo* resulta una combinación arbitraria de sermones escuchados en la adolescencia y literatura derivada de Renán. Se pretende, es verdad, que «no hay que leer a Renán», pero se lee a sus epígonos: sólo sabe precaverse, desconfiar de las imitaciones, el que ha leído los originales.

Muy fino, Barbey d'Aureville. Muy ingenioso. Sino que le preocupan demasiado, como a su heredero en *dandismo*, Marcel Proust, la distinción, la elegancia, el *monde*.

—Es que el *monde*, la sociedad elegante, era cosa relativamente nueva en tiempos de Barbey.

—¿Cómo había de ser cosa nueva? Provenza, la Italia del Renacimiento, la Francia de los Luises...

—Quiero decir que la sociedad elegante era cosa nueva como *fin en sí*, como mundo que halla en sí propio, y no fuera, su objeto y su justificación. Para las cortes medioevales, el interés de la vida social estaba en los ejercicios de valentía y de ingenio, las justas y los torneos, las contiendas literarias. Para las cortes del Renacimiento, el fin era la cultura, con toda la amplitud humana que sabe atribuirle el Mediterráneo: así, los ideales del *Cortesano* de Castiglione pudieron transmitirse, sin absurdo ni paradoja, a los héroes trágicos de Corneille. Y el ideal francés bajo los Luises no era otro: el *honnete homme* era el paradigma del caballero, y las actividades de la gente distinguida eran, entre otras, discutir de literatura en el Hotel Rambouillet, tomar partida en favor de una de las tendencias contrarias que se disputaban el dominio de la ópera, ayudar las empresas pedagógicas de

la Maintenon, aprender ciencia con Fontenelle o escepticismo con Voltaire, aplicar ideas de Rousseau, ensayar la utopía retrospectiva de Arcadia.

—Pero también pensaban en la elegancia, en la ostentación...

—Sí. La elegancia era requisito, pero no fin de la vida, en la sociedad aristocrática. No se había convertido en fin lo que sólo es medio. En el siglo XIX, a medida que el *mundo elegante*, el que por tradición lo era, va perdiendo el poder político, se declara dueño único de la distinción.

—Ardid de guerra.

—Y recurso para conservar dominio. En tiempos de Barbey, la situación era nueva, y el *monde* tenía encanto equívoco. Y todo lo equívoco hacía las delicias de Barbey. Pero poco a poco, la distinción y la elegancia fueron vaciándose de contenido, refugiándose en los signos exteriores. A la distinción del *hombre honesto* sucedió la del hombre bien vestido; la elegancia en el cultivo de todas las artes se redujo a la elegancia para bailar; el placer de respirar ambientes de distinción espiritual se convirtió en la vanidad de moverse dentro de círculos cerrados. El *monde*, al perder su contenido, acabó por perder interés. Al *dandy* de Barbey, que agradaba como reliquia pintoresca, sucedió el *snob* de Thackeray, el más intolerable de los tipos sociales.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

(*Martín Fierro*, Buenos Aires).

La política

LÁSTIMA que el optimismo se me empañe un tanto cuando miro hacia el lado de la política. ¿También los que gobiernan se han especializado en las delicadas tareas de administrar los intereses de un pueblo? Del mismo modo que recurrimos al especialista en medicina cuando se trata de la salud del cuerpo, o confiamos en el abogado para que nos defienda, o llamamos al arquitecto para que nos construya una casa segura, confortable y bella, el gobierno deberíamos entregárselo a quien hubiera demostrado competencia suma en la gestión nada sencilla de los asuntos públicos.

No ocurre así, sin embargo. La política ha sido y continúa siendo un campo abierto a cuantos quieran *entrenarse*. Es una suerte de laboratorio en el cual es dable intentar las más arriesgadas experiencias sin que antes se haya mostrado el menor asomo de idoneidad. «No confiamos

el gobierno de una embarcación sino a un experimentado piloto—escribía Erasmo en sus *Adagios*—y el gobierno del Estado lo ponemos en manos de cualquiera».

El filósofo decía eso de los príncipes absolutos e ignorantes que tenían alejadas de la cosa pública a las personas capacitadas para entenderla y dirigirla. Tanto Erasmo como Montesquieu y Renán soñaron con oligarquías ideales que no han logrado imponerse ni siquiera formarse. Las únicas oligarquías que prosperan son las de personas notoriamente inhábiles que suplen la incompetencia con la ambición de dominio. Mandar, someter, imponerle la propia voluntad a los demás suele ser la única, decisiva y suprema aspiración de quienes, por sí mismos, no llegarían nunca a sobresalir en ninguna actividad humana.

RICARDO SÁENZ HAYES

(*De La Prensa*, Buenos Aires).

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.